

COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

De los Alpes al Río de la Plata. Recuerdos para mis nietos.
Eugenia Sacerdote de Lustig. Buenos Aires: Leviatán, 2005, 80 pp

Eugenia Sacerdote de Lustig. Una pionera de la ciencia en la Argentina.
Laura Rozenberg. Buenos Aires: Asociación Dante Alighieri, 1993, 99 pp

Estos dos libros, de pocas páginas y mucho contenido, se comentan juntos por cuanto son dos formas de autobiografía que relatan una misma vida rica en circunstancias de diversa fortuna y, sobre todo, productiva, y producir es crear, elaborar obras de entendimiento.

El primero fue escrito para sus nietos, tiene la elaborada simplicidad de los relatos orales, los cuentos. No en vano una de las discípulas de la Dra. Sacerdote de Lustig dijo: "Es la abuela que me hubiera gustado tener para que me cuente cuentos", palabras que Rozenberg reproduce en el prólogo de su libro. Ese dicho, unido al hecho que la abuela es "una de las investigadoras más destacadas del país", con una vasta producción publicada y una larga lista de discípulos, no es un elogio menor ni fácil de conseguir.

El segundo libro fue premiado en el concurso "Los grandes ítalo-argentinos", organizado por la Asociación Dante Alighieri en oportunidad del V Centenario del Descubrimiento de América. Es un relato en primera persona compuesto por Laura Rozenberg, bióloga dedicada al periodismo científico, quien utilizó horas de grabación de conversaciones a las que recortó, amplió e hilvanó historias como relatos breves. En ambos libros el argumento es el mismo, la vida de la misma persona. Pero el libro de Rozenberg, destinado a un público más amplio, y redactado de otra forma, tiene pormenores innecesarios en el destinado a los nietos.

La Dra. Sacerdote de Lustig nació en Turín en 1910, en una familia burguesa acomodada, judía. Cursó los estudios secundarios en un Liceo Femenino, estudios que de poco le sirvieron cuando decidió estudiar medicina, decisión inesperada para ella y su familia, y hasta inusual para el medio y la época. Para preparar el ingreso a la Facultad de Medicina de la Universidad de Turín estudió junto a una prima, dirigidas por un profesor particular de latín y griego y otro de matemática, un año entero. Ambas ingresaron con los mejores puntajes. Ya el primer año decidió su vida profesional, ambas cayeron bajo el influjo de Giuseppe Levi, profesor de anatomía (de mala gana) y de histología (con dedicación y fervor). Levi era un eterno disconforme, exigente, rígido, irascible, gritón. Según Natalia Ginzburg, su hija, para él todos eran, en principio, estúpidos, y "las cosas que más

apreciaba y estimaba eran: el socialismo, Inglaterra, las novelas de Zola, la Fundación Rockefeller, la montaña y los guías del *Val d'Aosta*" y, por supuesto, la ciencia. Pero, así como no tenía la menor idea de la ropa que usaba o del costo de las cosas cotidianas, era capaz de reconocer, atraer y alentar el talento ajeno, y dar afecto disfrazado e ilimitado. Siendo alumnas, Eugenia Sacerdote y su prima Rita Levi Montalcini se incorporaron a la cátedra de Levi como *allievi interni* (alumnos internos), ayudantes de trabajos prácticos. Allí hizo Eugenia Sacerdote sus primeras incursiones en la investigación, publicó sus primeros trabajos y aprendió las técnicas de cultivo de tejidos. Levi, uno de los primeros en apreciar su potencial, recibió e instaló en 1933 en su cátedra a la exiliada Hertha Mayer. Eugenia Sacerdote hizo su tesis, recibió el doctorado con honores en 1936 y se casó en 1937 con Maurizio Lustig. Por un tiempo se alejó de la medicina y la investigación.

Para entonces el fascismo se hizo antisemita y, en noviembre de 1938, promulgó las infames leyes raciales. El matrimonio, ya con una hija, consiguió dejar Italia y llegar a la Argentina en el mes de julio de 1939, pese a la avidez de cónsules argentinos que subían cada día el precio de la visa, la salvación para muchos. Apenas llegados comprobaron que un ávido diplomático, italiano esta vez, les había cambiado un buen departamento en Roma por un conventillo en Buenos Aires.

Recién en 1943 pudo la Dra. Sacerdote de Lustig volver a la medicina y la investigación. Por indicación de otro exiliado italiano, el Dr. Renato Segre, se acercó a la cátedra de Histología y Embriología del profesor Rojas, ubicada entonces en un conventillo de Cangallo y Pasteur, y propuso instalar allí un laboratorio de cultivo de tejidos, técnica que aquí nadie conocía. Nada le ofrecieron, pero la dejaron incorporarse. Poco a poco, asociada con un exiliado polaco, Sepzenvol, consiguieron cultivar células miocárdicas, estudiar el efecto sobre ellas de algunas drogas y presentar los resultados en la Sociedad Argentina de Biología. Pero a los tres años se sentía sola en la Cátedra de Histología, los profesores titulares habían renunciado, los colegas con los que congeniaba se marcharon a Estados Unidos, estábamos en el año 1946. La salvó el Dr. Bracchetto Brian, director del

Instituto Roffo, quien le propuso crear allí una sección de Cultivo de Tejidos. En 1956 ingresó al Instituto Malbrán como jefe del departamento de virología, en plena epidemia de poliomielitis. Se incorporó después a la Universidad en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales como profesora de Biología Celular y en esos lugares dedicó su tiempo y entusiasmo a producir. La intolerancia y la estupidez no fueron un privilegio del fascismo italiano, crece también en estas costas del Río de la Plata. El trabajo en el Malbrán terminó con su renuncia, conectada con la cesantía del director, impulsada desde arriba y movida desde abajo. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales terminó unos años después con la noche de los bastones largos.

Por suerte, la Dra. Sacerdote de Lustig sobrevivió en el Roffo como investigadora del CONICET y en la Fundación CIMAE. Sus contribuciones, las de una maestra en el cultivo de tejidos, se extienden desde la biología celular, a la virología aplicada, la biología de las células neoplásicas y sus productos, la diferenciación celular, el interferón, intentos de terapia génica, la biología de las metástasis, la neurobiología y una incursión obligada en las supuestas posibilidades terapéuticas de la crotoxina, y una larga lista de discípulos. No faltaron críticas a su escasa habilidad y reticencia para hacer valer sus trabajos y conseguir subsidios para financiar sus investigaciones, y hasta tuvo que soportar un juicio por calumnias que le "produjo una desazón mayor que cualquiera

de los muchos avatares que padecí a lo largo de mi vida".

Dejamos la historia. Aun cuando el maestro elige sus discípulos y los discípulos eligen sus maestros, nos preguntamos ¿cuánto y cómo pudo Giuseppe Levi influir en el éxito y reconocimientos obtenidos por sus discípulos? Tres de ellos obtuvieron el Premio Nobel: Salvatore Luria, Renato Dulbecco y Rita Levi Montalcini, lejos de Levi y de Italia, emigrados a Estados Unidos. Importa el medio. Pero el influjo fue también eficaz aun en un medio inhóspito para la investigación como el nuestro: la Dra. Sacerdote de Lustig tuvo éxito, fue y es retribuida con reconocimientos. Por el afecto que le demuestran y el número de sus discípulos, contagia el mismo fluido que su maestro. Tal vez, parafraseando a Rita Levi Montalcini, Giuseppe Levi contagió a sus jóvenes alumnos pasión por la investigación como instrumento para entender la naturaleza, no como objeto de competencia y poder, y la resistencia para permanecer indiferentes a los aplausos y honores que se le otorgan a los maestros. Recordamos a la Dra. Sacerdote de Lustig llegar en su Falcon trayendo sus escritos a la secretaría de la Sociedad Argentina de Investigación Clínica y de nuestra revista, siempre amable, jamás soberbia.

Recomendamos estos breves libros a nuestros lectores. También los recomendamos como lectura en los colegios secundarios: hay que exponer a muchos, aun por vía indirecta, al contagio del fluido. **JAB**

*Palabras, palabras, palabras, sin figuras ni conversaciones. Héctor Alonso,
Rosario: Editorial Corpus, 2006, 412 pp*

Héctor Alonso fue Profesor Titular de la Primera Cátedra de Clínica Médica de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Rosario, Director de la Escuela de Medicina de dicha Facultad y es miembro del Comité de Redacción de *Medicina (Buenos Aires)*. Esta membresía pone límites al comentarista que desearía expresar conceptos laudatorios y debe limitarse a una nota periodística: el propio autor teme que el lector confunda orgullo personal y profesional (lo cual es legítimo) con vanidad. De todos modos puede afirmarse sin pudor que esta obra singular, recopilación de trabajos breves y enjundiosos, debiera estar al alcance de todos los médicos y estudiantes de medicina para leer unas páginas cada día y así reencontrarse con la profesión y animarse a seguir haciendo las cosas bien y con placer a pesar de las inequidades en salud. Es evidente que Alonso gozó y goza su medicina.

Lo periodístico: el libro está compuesto por una larga introducción con enfoque autobiográfico; diez cartas aparecidas en el Boletín Médico de Rosario; dos prólogos de libros escritos por discípulos; tres ensayos que son transcripciones de conferencias sobre temas éticos y de

educación; trece artículos que son sus propios editoriales publicados en *Medicina (Buenos Aires)*; trece otras conferencias leídas en distintas circunstancias, una de ellas referida a la inauguración de la Fundación Promir (Fundación para el Progreso de la Medicina Interna de Rosario) en 1992; otros trece artículos sobre crítica literaria, cine y otras; dos sátiras; dieciocho cartas enviadas a diarios y revistas; y un epílogo en el cual el autor revela las raíces de su vocación.

El libro es un testimonio de experiencias personales, exteriores e interiores, que Alonso transmite con generosidad y elegancia, como cuando expresa que no puede aceptar un Dios personal, pero escribe Dios con mayúscula, lee a autores defensores de un Dios personal como Leon Bloy (el que convirtió al catolicismo a Jacques Maritain) y manifiesta en su obra una cierta añoranza de "una base ética conceptual por todos admitida que le permite decisiones morales claras y universalmente aceptadas", lo que podría aceptarse como una moral de contenidos.

La impresión "sin figuras" es excelente. El editor es su distribuidor. **AB**